

Más por costumbre que por fe



Daniel González



Daniel González

**MÁS POR COSTUMBRE
QUE POR FE**



Más por costumbre que por fe

Ella se encontraba absorta. Abandonada a sus pensamientos. Estado que encontró justo cuando una enorme ola se estrelló contra el acantilado de aquel lugar donde se encontraba, y de inmediato, un hermoso arcoíris, sediento, acudió a sorber aquella fina y salada llovizna.

Sollozaba, sus lágrimas salían del alma y se le escurrían hacia su interior como cascada. Eran lágrimas silentes y solitarias. Oteaba aquel maravilloso paisaje, cuya existencia sólo obedecía al infinito poder creador de Dios. Por un momento se olvidó de sus penas. Del inmenso dolor que le carcomía sus entrañas. Pero más que eso, de la enorme decepción divina que sentía y que la acompañaba desde aquel aciago momento. Fue por estos días que adoptó un atavío tan duro como la concha de un caracol.

Aloína era una joven hermosa, como no había otra en su pueblo. Su rostro, de diosa griega, dorado por el sol del Mar Caribe, en cuya sangre corría el fuerte linaje heredado del mestizaje originado por la conquista Europea. Desde que tuvo memoria acompañaba a su

madre todos los domingos de su existencia a misa. Lo que elevaba su creencia en la existencia de un ser superior a todo creado y visto por el hombre. Una deidad supra hombre que gobernaba el universo: Dios.

En la casa de Aloína, los domingos estaban caracterizados por una secuencia de actividades repetitivas en la que se involucraba toda la familia: madre, padre, hermano y ella. Empezaban con las primeras luces del alba. Su madre, lavaba el maíz cocido con ceniza de la noche anterior para luego molerlo en el molino del pueblo. Siempre se apresuraba para tomar el primer lugar en la enorme fila que a diario se formaba en torno a éste. Tenía como filosofía que quien madruga Dios le ayuda. En este afán, era acompañada, bien por su esposo o por su hijo, pues la referida actividad requería de cierta fortaleza física. Con el fruto del trabajo en la molienda, Aloína, quien no sabía leer ni escribir, preparaba unas deliciosas arepas de maíz con sus manos, las cuales redonditas le salían. Una vez desocupadas, madre e hija, cumplían la cita con Dios. Era rutinaria su visita a la iglesia, pero también placentera.

El párroco de la iglesia del pueblo era un joven bonachón, de esos que asumen el oficio de ser soldado

de Dios con tal devoción, que cada acto está signado por el bien a sus semejantes. También era de baja estatura y lombriciente, debido a su abultado vientre, según decían las malas lenguas, producto del consumo de las contribuciones de los feligreses, que terminaban en enormes banquetes —comida y bebida—, por lo que para algunos era un traidor de la iglesia por su asidua práctica de uno de los siete pecados capitales: la gula; pero para la gran mayoría de los habitantes del lugar, era un santo, digno representante terrenal de Dios. Sus sermones eran memorables entre sus feligreses. No era raro creer en Dios después de escucharle.

Entre los quehaceres a los que socialmente quedaba obligada una dama, dentro de aquella cerrada sociedad, era la de lavar la ropa en el río. De esto no se salvaba ni Aloína ni su madre. Siempre se les veía cargando pesados cestos de ropas. En ocasiones, era Aloína con sus amigas, quienes asumían tales obligaciones, por la indisposición de su madre debido a su avanzada edad. En estos casos, además de lavar la ropa, se daban cierto chapuzón en las diáfanas aguas de aquel caudaloso río.

Fue así que cierto sábado, Aloína, se distrajo más de la cuenta y no cumplió con sus labores de lavandería

del día, por lo que tuvo que quedarse un poco más, mientras sus amigas se disponían a volver a sus casas. Se quedó completamente sola. Asustada, apresuraba la tarea, pero era tal la cantidad de ropa que no pudo adelantar mucho, por lo que de pronto se precipitó la noche. Ya no estaba asustada. Había entrado en pánico. A tientas intentó recoger la ropa mojada para volver a su hogar, mientras se sentía oteada, tal cual presa. Como observada por un cazador furtivo que esperaba el mejor momento para darle el golpe de gracia al animal. Todo su cuerpo temblaba, más por miedo que por frío. Como pudo se montó al hombro la pesada carga mojada y trató de salir de aquel lugar. En eso, sintió unas enormes manos que con una fuerza descomunal la tomaron por la cintura, cayendo al lecho empedrado del río, dándose un enorme golpe en la cabeza. Perdió totalmente el sentido.

Ya bien entrada la noche, despertó con un profundo dolor. No sabía de qué parte de su cuerpo provenía. Se le hacía difícil recobrar el equilibrio. Como pudo se levantó. Tampoco reconocía el lugar donde estaba, a pesar de que todo sucedió allí mismo. De a poco, fue recobrando el aliento, la visión y el sentido. De nuevo, aquel fuerte dolor sin lugar definido, la

desorientó. Se dispuso a identificar su fuente. Visualizó y recorrió con sus manos palmo a palmo su humanidad. Quedó petrificada al advertir a la altura de su bajo vientre, una zona acartonada de su ropa, cuyo origen solo podía ser uno. —¡Noooo! —gritó aterrada. —¡No, Señor! Esto no me puede pasar a mí —dijo, mientras lloraba desconsolada. Inconsciente, palpaba sus partes íntimas y, al menor contacto con su vulva, sintió un dolor punzante que salía de su centro de gravedad. Esto fue determinante de lo que le había sucedido. Como pudo se recompuso. Se acicaló, eliminando por completo aquel rostro lastimero.

Al cabo de un rato llegó a su casa, sus padres preocupados, como era de esperarse, al verla, la acribillaron con preguntas: —¿Por qué llegas a estas horas? ¿No sabes lo peligroso que es la noche para una joven virgen como tú? ¿Andabas sola? —le dijeron. Ella estaba sumergida en un mutismo total. No dio respuesta alguna. Nunca nadie supo lo que le había acontecido. Tampoco supo quien había sido su victimario. Aquel que disfrutó el único bien con el que contaba.

Al día siguiente, inmersa en una profunda decepción y tristeza, continuó con su vida y sus obligaciones, como si nada de aquello hubiera sucedido,

aunque por dentro su mundo estaba destrozado. Al final, tal como sucedía cada domingo, tomó su mantilla y se la puso en su cabeza, y acudió a la iglesia con su madre, más por costumbre que por fe.

¡Bravo, maestro!

Aquel día, el estudio estaba pronto. Su ayudante había acomodado todo como había solicitado el maestro el día anterior. Lo más curioso había sido la cruz de madera que ordenó que construyera. —¿Qué obra tendrá en mente el maestro con esto? Debe ser un tema relacionado con Jesús— se preguntaba y se contestaba al mismo tiempo el ayudante.

Al cabo de un rato llegó el maestro. Tomó los óleos, inspirado se volcó sobre el lienzo de un blanco frío y triste, procurando lograr plasmar en éste la obra que desde hacía considerable tiempo le rondaba en la cabeza. Cuando daba inicio a la misma, plasmando la base, sintió un enorme dolor de cabeza: —¡Aaay! —se quejó el maestro. El dolor comenzaba en el centro de la frente y se partía en dos para luego desparramarse hacia sus sienes, acompañado de una pronta e inesperada pérdida de inspiración. De repente se sintió sólo y abandonado. Se le había esfumado su musa. Desesperado, la buscó por todos lados: en las paredes, en el techo, a través de los cristales de las ventanas, procuró capturarla antes de que se escapara del estudio, en la cruz de palo que reposaba contra la pared, en el

lienzo mismo. La buscó en los objetos más disímiles, entre otros elementos, que le ayudaran a encontrarla, pero no la encontró.

En ese afán perdió toda la mañana pensando en lo enfermizo que era para un artista que su musa lo abandonara. Se le veía preocupado. Al medio día salió a comer algo en los bazares de la ciudad. El ayudante pensó que era una excusa para ver si la encontraba. Cuando a él le tocó salir a almorzar, lo vio sentado en uno de ellos, en un cavilar profundo. No había comido nada. Andaba como con un enorme peso encima. No se atrevió a interrumpirlo y se dirigió a otro. De vuelta, desandando los pasos dados, lo encontró camino al estudio. No pronunció palabra alguna. Se le veía como empeñado en buscar la solución a lo que consideraba una cuestión de honor para un artista.

Ya en éste, procuró retomar la actividad. Tomó el pincel y lo untó de la pasta de óleo, dio dos, tres, cuatro pinceladas, al cabo de las cuales lanzó el pincel contra el piso con tanta fuerza que lo partió en cuatro pedazos. Se le veía como extraviado. En eso clavó la mirada en su ayudante, era una mirada de maldad. Este se asustó mucho. —Necesito que te amarres a la cruz como Cristo— le dijo. El ayudante no vio nada de malo en ello.

Además, el maestro estaba buscando recrear una imagen que le ayudara a su imaginación y despertara el genio dormido en él. Obedeció complacido la petición del maestro, seguro de ayudarlo en su cometido.

De nuevo el maestro tomó el pincel y la paleta con sus óleos vertidos. Se dirigió al caballete que contenía el lienzo manchado con el patuque inicial colocado por él cuando la imaginación se le fue. Retomó la actividad justo donde la había dejado. Veía al ayudante que como Jesús colgaba de la cruz de madera por él mismo construida. Daba una buena imagen para un buen artista. Lo demás era imaginación. Precisamente de lo que adolecía el maestro. Él como buen discípulo observaba atento desde la distancia rígida impuesta por su estado. Antes de empezar, ya experimentaba un intenso dolor en sus muñecas por las ataduras y el peso muerto que sobre ellas descansaba. Su rostro exhibía cierta agonía. El maestro seguía en su intento. En eso lanzó un grito desgarrador. —¡Nooooo! — exclamó. Lanzando todo al piso. Su discípulo colgado en la cruz observaba con gran pánico aquella escena. Otra vez salió a la calle, adrede olvidó al modelo que tenía amarrado a la estructura de madera buscando aumentar su agonía que ya empezaba a observar.

Al cabo de un rato regresó. Tomó de nuevo la paleta y el pincel que estaban tirados en el piso a donde los había mandado con anterioridad. Tal vez pensando en las palabras de Mario Benedetti: «No te rindas, por favor no cedas, aunque el frío queme, aunque el miedo muerda, aunque el sol se esconda y se calle el viento, aún hay fuego en tu alma, aún hay vida en tus sueños». A pesar de ello, una vez más se sintió abandonado por su musa. Estaba envalentonado consigo mismo. —Si no vienes a mí por ti misma, te tendré que ir a buscar— se dijo con altivez. En eso vio de reojo a su modelo, que continuaba atado al crucifijo, esperando impaciente el final de la obra para que cesara su agonía. Al parecer ésta no era suficiente para el maestro. —Sientes dolor— le preguntó. —No— le contestó él. Lleno de ira se le fue encima con una lanza, asestándole una profunda puñalada en su costillar, hiriéndole de muerte, procurando aumentar así su agonía. Como loco dio innumerables pinceladas sobre el lienzo sediento, que ya no era de un blanco frío y triste, procurando no perder ningún detalle de aquel singular espectáculo. Temía que la agonía se agotara, y con ello, de nuevo la musa lo abandonara. Mientras tanto, la vida de su discípulo se desvanecía, pero su obra se engrandecía.

Cada partícula de aquella vida que se iba era sumada a su obra. Cuando terminó, el maestro se sintió grande. — ¡Bravo, Miguel Santiago! —se decía así mismo, con un dejo de júbilo en su rostro. El Cristo de la Agonía que tanto trabajo le había costado terminar, al fin era una realidad. En el crucifijo yacía su ayudante, desangrado por la herida punzante que su maestro le había propinado.

Detrás de casa

Aquel día ella se levantó muy temprano. Todavía el manto oscuro de la noche sumía en tinieblas el ámbito de su habitación, aunque ya presentaba algunas rasgaduras, producidas por los lentos pero efectivos rayos del astro sol que entraban a raudales por la ventana. A tientas buscó la puerta. Al salir, una tenue pero brillante luz alumbraba el enorme pasillo. Como siempre le pasaba, el asombro se apoderaba de ella, el cual crecía al comentarlo con sus hijos y esposo, pues ninguno de ellos advertía su presencia. Aquella extraña lucecilla le daba a ella la exclusividad de apreciarla, era imperceptible a los ojos inexpertos de los demás. No sabía el porqué. Era un fenómeno que día a día se repetía, aunque más tarde entendió que su asiduidad no era diaria, ni tampoco matutina, si no que bien podía aparecer al amanecer o al anochecer, situación lógica, si partimos de la definición de oscuridad como ausencia de luz, y sólo en aquellos momentos en los que su hijo mayor se encontraba en casa. En su ausencia la oscuridad se instalaba en los rincones de la humilde vivienda.

No advirtió nada extraño aquella mañana. Su esposo e hijos todavía dormían, excepto el mayor, quien a estas horas se aprestaba para ir al trabajo, pues entraba a las siete de la mañana, aunque el día anterior estuvo libando alcohol lavagallos hasta muy tarde. Rato después pudo advertir que la normalidad se apoderaba de su casa: una claridad sin sobresalto se apoderó de sus espacios.

Se dispuso a preparar el desayuno a la tropa. Este era bien sencillo pero laborioso. Consistía básicamente en moler el maíz pilado del día anterior, amasar, confeccionar las arepas y colocarlas sobre el asador que a tales fines se había hecho construir.

Pasado un periodo prudente de tiempo, llamó a su prole, también al esposo, quienes ya estaban despiertos y dispuestos para irse al colegio unos y al trabajo otros. Todos aparecieron, menos su hijo mayor, corroborando en ella lo que ya tenía como verdad: se había ido a laburar. Además, no identificaba la tenue luz brillante que él irradiaba, y que sólo ella apreciaba, cuyo origen identificó más tarde. Esta se generaba en un dije de Cristo que le había regalado, y que él colocó de inmediato en su cadena y juró que nunca más se la quitaría. Era su luz y el nexa que los conectaba. Sólo ella

poseía la suficiente sensibilidad para sentirla. Desde entonces la tomó como una señal de que él se encontraba bien y en casa, bautizándolo con el nombre del Cristo Brillante.

Una vez degustado el desayuno, se dedicó en cuerpo y alma a los quehaceres del hogar como lo haría cualquier mujer que tiene como profesión, tal vez, la más ingrata de todas: ama de casa; porque siendo la madre de todas, la que provee hasta la saciedad a propios y extraños de un hogar, sea la que reciba los más míseros reconocimientos.

Transcurrido el día, las tinieblas pronto se apoderaron de los ámbitos de la casa, todos de nuevo estaban reunidos en el hogar, excepto su hijo mayor. No le preocupaba tanto su ausencia, pues no tenía horas de salida ni de llegada. Menos aún porque estaba haciendo costumbre el salir a trabajar muy temprano en la mañana y llegar al cabo de una, dos o tres semanas y, en ocasiones, hasta meses. El periodo más largo de ausencia que ella recordaba era de seis meses, cuando encontró a unos amigos de camino a casa y lo invitaron a que los acompañara a la capital, entregaban unos pendientes y volvían al pueblo. Después supo que tales amigos habían vuelto pronto y, llegados a la capital,

desapareció, por lo que no sabían nada de él, mucho menos ella. De nuevo se sintió triste y abatida, pero en el fondo de su alma sabía que su loco volvería, como lo llamaba de cariño. De nuevo la esperanza se apoderó de ella. Su condición de madre así se lo exigía, y su corazón, les decía a gritos que él estaba bien.

Lo cierto de todo es que siempre volvía a casa, tarde o temprano. Ella lo recibía con una frase perteneciente a la llamada parábolas de la misericordia, la cual, a partir de entonces, comenzó a comprender en su justa semántica: —“... el hijo pródigo siempre vuelve a su casa...” —balbuceaba. Cuando éste se dignaba a aparecer, ella se le guindaba como leontina al cuello, y lo recibía con un enorme abrazo, acompañado del más tierno de los besos. De esos que sólo una madre sabe dar.

Se acostó pensando en su loco, pues a pesar de lo tarde de la noche no había vuelto. Eso la desvelaba, no obstante, y vencida por el cansancio, se quedó dormida. Al despuntar el día, con sus luminosos rayos de sol, se levantó y repitió la rutina del día anterior y de todo los días anteriores. Era un guion infinito. Más parecido a un círculo virtuoso que a uno vicioso, según lo veía ella. Y es que, como buena madre y devota esposa, no había

nada más placentero que atender a su familia. Al cabo de un rato, como de costumbre, todos aparecían, menos su loco. De nuevo tuvo un pequeño ataque de miedo y la desesperanza se apoderó de ella, pero como siempre la dominaba. Un invisible pero fuerte atavío hecho con recortes de estoicismo se apoderaba de sus fuerzas y sentimientos, y de inmediato ésta afloraba: —él volverá —se decía así misma. Aunque la ausencia de aquella extraña luz le inyectaba el miedo hasta las entrañas. La buscaba como loca por todas partes.

Desde entonces se dio a la tarea eterna e interminable de esperarlo. Pensaba que Andrés, nombre verdadero de este, era su mejor hijo, aunque los quería a todos por igual. De vez en cuando se avergonzaba de sentir, por momento, aquello. Su corazón era de ellos, como madre sabía repartir su amor, justa y simétricamente.

Así transcurría el tiempo y su amado loco no daba señales de vida. Su atavío fue reforzado con una coraza de esperanza. Siempre se repetía: —La esperanza es la última que se pierde —dándose fuerzas, aunque la preocupación signaba cada una de sus palabras. Emoción que nunca más le abandonó, por la carga de angustia e inquietud que ella trae consigo, y

que le son propias, ante la incertidumbre que caracteriza estos casos. Esta vez la ausencia del hogar de su primogénito se había prolongado por un periodo indefinido de tiempo, así lo sentía. —Él nunca había hecho esto —se repetía a cada instante. —¿Por qué lo hizo? —se preguntaba con un grifo abierto de lágrimas vivas que se desparramaban por su interior y el resto por sus mejillas: sus ojos eran una fuente infinita de lágrimas de amor. Desde entonces se dio a la tarea de contabilizar el tiempo exacto de la desaparición del hogar de su hijo, para tales efectos se compró un cuadernillo, en el cual plasmaba una aritmética enrevesada que sólo ella entendía, y daba el conteo exacto de su ausencia. Su último registro, por coincidencia del destino, daba una cuenta de catorce meses, catorce días, catorce horas, catorce minutos con catorce segundos. Estaba allí la fuente de su desasosiego: era demasiado tiempo de ausencia.

Consciente de ello se dedicó en cuerpo y alma a buscarlo. Se le veía desesperanzada preguntando por todo el pueblo sobre su loco. También lo hacía en pueblos aledaños. Parecía tener el don de la ubicuidad. Se le veía por todas partes. Pero sus diligencias no arrojaban ningún resultado. Lo que la sumió en un

estado deplorable. Abandonó por completo sus responsabilidades de ama de casa, dejando a la deriva la atención esmerada que en tiempos remotos le daba a su casa y familia. Olvidó bañarse, peinarse, y hasta la limpieza personal más básica, cepillarse los dientes. Se dedicó en cuerpo y alma a esta empresa. Todos la veían como una loca, aunque cuerda. Lo que generaba en sus semejantes un diligente espíritu de colaboración, poniendo a su disposición toda la cooperación de la que eran capaces.

Se perdía de casa durante semanas, dejando tras de sí una estela de tristeza y preocupación en su esposo e hijos. Por muchos argumentos que utilizaran para disuadirla de su empeño, no lograban romper sus intenciones. Su esposo, conmovido por su estado, se dispuso a acompañarla a todos lados en su búsqueda frenética del hijo perdido, preguntándose si su sentimiento hacia sus hijos era tan grande como el de su mujer. La respuesta lo avergonzó. En razón de ello, nunca más la abandonó. Al regreso a casa buscaba desesperada la claridad brillante como señal de su regreso, según lo veía ella, la luz y él eran un mismo ente.

Cansados y derrotados del tiempo gastado en la operación, volvieron a casa convencidos de que la tierra

se lo había tragado. Se dispusieron, a petición de ella, a llevar a cabo un novenario por el descanso eterno del alma del hijo muerto; aunque su corazón con más fuerza le gritaba que él estaba con vida, por lo que no lo consideraba muerto si no desaparecido. Además, no habían encontrado el cuerpo, evidencia irrefutable de su muerte, pensaba.

Cuando su sistema contable temporal le daba cuenta del período transcurrido: dos años exactos de la ausencia del hogar de su primogénito. Ella y su esposo se dispusieron a ir al fondo de la casa para recoger algunos trozos de madera secos para alimentar el fuego de su fogón, como lo hacían antes de la desaparición.

En eso andaban cuando les sorprendió ver en lo alto de un viejo y fosilizado palo sano, cuya silueta fantasmagórica negaba la presencia de vida, una figura guindada que parecía un cuerpo colgado de una cuerda atada a una de las ramas del árbol, cuyo aspecto era seco, tostado y ahuesado. La escena la impactó. La figura se erguía frente a ellos como un gigante negruzco por la cegadora abundante luz del sol, hamacándose caprichosamente por las corrientes de aire. Sus ojos se aguzaron para buscar esos elementos que pudieran

identificarla, pero con la firme esperanza de que no fueran de él.

Absorta, trémula de miedo ante aquella silueta del perfecto ahorcado, bajo un aire límpido producto del estupendo trabajo realizado por la fauna necrótica, de repente ésta comenzó a dar giros sobre sí mismo: si el viento soplaba del sur, se movía hacia el norte, si soplaba desde el norte, giraba hacia el sur; cuando provenía del este daba vuelta hacia el oeste y viceversa, lo que agregaba mayor dificultad al reconocimiento visual que ella realizaba. Era una comunicación íntimamente dialógica entre ella y aquel costal de huesos que se erigía frente a ella.

Los movimientos cardinales del finado no fueron óbice para que ella culminara su trabajo. Escrutaba palmo a palmo el cuerpo a la distancia buscando identificar indicios que tal osamenta que se hamacaba según el capricho del viento pertenecía a su Andrés: su camisa, su pantalón, sus zapatos y su gorra. No pudo reconocer nada. Aquello sumió su alma en una profunda calma.

En eso, y por la fuerza del aire, el cuerpo inerte y ahuesado que colgaba a la altura dio un giro de trescientos sesenta grados que puso al descubierto el

íntimo brillo que tanto buscaba y que entrelazaba a aquella madre con su hijo como cordón umbilical. Al cabo de este descubrimiento, irrefutable para ella, cayó de rodilla sobre el suelo irregular, lastimando sus rodillas, pero sin sentir el más mínimo de los dolores, lanzando un delirante, profundo y desesperado chillido, que hizo eco en aquella montaña seca por el verano con la fuerza de un trueno: —¡Es mi hijo! ¡Es Andrés! —dijo llorando. A partir de allí fue consciente de que cada cosa en él delataba su identidad, y su corazón de madre así lo sentía. Sobre todo, aquel brillo invisible y cegador que emitía el Cristo Brillante.

La vida está cargada de ironía, su hijo del alma, desaparecido hace exactamente dos años, y que buscaba desesperadamente por todas partes, yacía colgado de un viejo árbol detrás de casa, sin vida: —Ahorcado —pensaba con profundo dolor. Al cabo de un largo cavilar, sin que su esposo se atreviera a interrumpir, pues la pena de ver a su mujer en aquel estado lo petrificó, ella con sus ojos desbordados de lágrimas de sangre se dirigió al cielo y gritó tan fuerte como le fue posible: — ¡Señor, tú mandas! —dijo resignada. No se advirtió reproche alguno en sus palabras.

¡Adiós Otelo!

¡Bang, bang! —retumbó el sonido seco de la pólvora quemada, al tiempo que dos inmediatos fogonazos, acompañados de una estela de humo, salían del cañón de la pistola Pietro Beretta que alguien había accionado. De pronto todo se hizo silencio. Ni las luciérnagas que a esa hora acostumbraban a dar luz de forma intermitente hicieron su trabajo aquella noche fatal.

El pobre Otelo yacía con sus ojos abiertos, casi inerte, sobre un charco de sangre de color rojo carmesí. Todavía brotaba a borbotones. Como manantial se desparramaba por la pendiente del lugar que hacía las veces de hogar del animal. Tenía dos orificios en la frente desde donde salían dos hilos profusos de aquel líquido viscoso. Le quedaba un pobre hálito de vida, a penas el suficiente para realizar con rigor el rito de despedida de este mundo y la entrada en el otro.

Desde hacía algún tiempo, a partir de las diez de la noche en punto, durante ciertos días, Otelo, con la precisión de un reloj suizo, inició la costumbre de aullar como un lobo hasta el amanecer, cuestión extraña, pues él era un perro y ladraba como perro. Durante las largas

noches, en aquellas calles dormidas, solo se escuchaba el aullido del perro o, tal vez, del lobo.

A pesar de que era un perro, sus características eran de lobo: pelaje, color, cuerpo, cola, tamaño, fisonomía y, en ocasiones, su aullido. Su sola presencia invitaba a la confusión. Se estaba en presencia de un perro con apariencia de lobo, que ladraba de día como perro y de noche como lobo.

Lo de aullar como lobo, también coincidía con noches de luna llena, eran los días en los que se le escuchaba y esto, según dicen, es propio de lobos. Los estudiosos del tema aseguran que los lobos aúllan por diversas razones. No se sabía a ciencia cierta porqué lo hacía Otelo. De todas las posibles causas, sólo tres de ellas pudieran explicar su insólito comportamiento, considerando sus condiciones: era un animal domesticado a la fuerza, pues siempre tuvo una cuerda atada a una de sus patas traseras y, por tanto, nadaba en un celibato enfermizo; también era muy viejo, si se considera la edad perruna, quizás mayor en la edad de los lobos; y su canto pudiera obedecer a la necesidad de comunicar la inminencia de su muerte. Lo que no advirtió el finado Otelo, fue que este último aullido, cumplió lo sostenido por los expertos.

Rato después, su victimario, el primogénito de su amo, pudo dormir tranquilo y plácido. Pensando, tal vez: —¡Muerto el perro se acaba la rabia! —Mientras el pobre perro que murió creyéndose lobo, era conducido a su última morada.

La última despedida

A principios del Siglo XX, en cierta ocasión con motivo de su muerte, un hombre fue trasladado de su pueblo a la capital para los asuntos legales propios de su condición, el cual fue enviado en una ambulancia como muerto con la esperanza de que estuviera vivo. Los informes médicos sentenciaron su estado. Una vez cumplidos los requisitos legales de su nueva condición, fue enviado de vuelta a casa como correspondía: en carroza fúnebre.

En el trayecto, el chofer y su ayudante se encontraron con la celebración de las fiestas patronales de uno de los tantos pueblos ubicados a lo largo del camino, donde los familiares, con pesar y profundo dolor, acomodaban las cosas para iniciar la tradición funeraria que regía por entonces en estos lares: una capilla ardiente durante el primer día; y un novenario los próximos, una vez inhumado el cuerpo. Era lo más cercano a una fiesta: una fiesta funeraria.

Como la vía estaba trancada debido a la pachanga popular que se celebraba, el chofer se acomodó donde pudo para esperar que se despejara el camino y continuar con el traslado del muerto. Al poner un pie en

tierra se desparramó sobre él un haz de luz y de decibeles musicales que invadió toda su humanidad, tras lo cual y de manera automática, se dirigió al bar más cercano de donde estaba: —Buenas tardes —le dijo a la mujer que lo atendía. Pensativo le preguntó: ¿Cuándo cree usted que abran la vía? —Aquí se sabe cuándo se cierra, pero no cuando se abre —le contestó la dama. Se quedó pensativo, como digiriendo aquellas palabras. Una vez repuesto de la noticia y lo que ello representaba, decidido, le dijo a la señora: —¡Entonces, deme dos cervezas, una para mí y otra para mi compañero, por favor! —mientras observaba con profundo entusiasmo el acontecimiento.

Pidieron una, dos, tres, entre muchas cervezas, antes de que se decidieran a aparcar la carroza fúnebre para hacerla invisible con la valiosa carga dentro: el muerto. Fue así que se dispusieron a colocarla a buen resguardo detrás del caserío y protegida por los arbustos, y se entregaron en cuerpo y alma al disfrute del baile y del aguardiente, pegándose una borrachera de padre y señor nuestro, olvidándose por completo del encargo.

En eso estaban cuando un enjambre de moscas llegó a la mesa donde se encontraban. Eran las primeras

moscas que habían advertido la presencia de un cadáver en descomposición en el lugar. No eran moscas normales. Éstas eran brillantes y de color verde metálico: eran moscas carroñeras. —¿Qué vaina es ésta? —dijo el chofer. Estas moscas son enviadas por el difunto. —¿Será que quiere decirme algo? —se dijo así mismo. De inmediato se dirigió a la carroza. Abrió el ataúd. Se quedó observando al finado durante un largo tiempo, como adivinando lo que el muerto le quería decir. —¡Ya sé lo que quieres decirme! —le dijo.

Al cabo de un rato había tres personas sentadas en la mesa: el chofer, su ayudante y el muerto. Los vivos tenían un aspecto deplorable, en cambio el difunto tenía un aire serio y lúgubre, con traje y corbata, atavío propio de la ceremonia a la que asistiría, más si era él el homenajeado. Desde entonces el enjambre de moscas lo acompañaba a todas partes, como correspondía a un cadáver en franco proceso de descomposición. De vez en cuando lo bañaban con cerveza y ron bajo la certeza de estar dándole su última despedida. Una despedida de muerte.

Dentro de la borrachera idearon la forma de elevar el nivel de felicidad del finado. Lo tomaron como pudieron e incorporaron erectamente para que

pareciera un vivo, e hicieron que las féminas que disfrutaban de la feria bailaran con él, siempre sostenido por ellos. Se le veía feliz, como disfrutando de su último baile. Al cabo de un rato, estaba ensopado por el insoportable calor que reinaba en el lugar y por el largo tiempo en que se había entregado al baile. Se convirtió en el bailarín de la noche. Por momentos daba la sensación de que recuperaba sus fuerzas y volvía a la vida. Sucedió cuando sus compañeros de juerga lo dejaban bailando sólo mientras recargaban sus copas. Ante lo cual el finado seguía bailando con más ritmo que nunca. No hubo mujer con la que no bailó. Todas se lo disputaban. Olvidaron su condición de muerto, su olor muerto y su enjambre de moscas eternas. Esa noche el muerto ganó hasta el premio al mejor bailarín. En cada brindis había un trago para el muerto bailarín. Le tomaban de la mano para llevarle el trago a la boca, como ya presentaba un severo rigor mortis, tenían que forzar la abertura de su boca. Cada vez que ello sucedía, dejaba al descubierto cuatro dientes de oro que no pasaban desapercibidos por el brillo que de ellos emanaban.

En algún punto de la festividad, los compañeros de farra del muerto quedaron sin un céntimo en el

bolsillo, lo que amenazaba la continuidad de la misma. No tuvieron que romperse los sesos para identificar la fuente de nuevos ingresos que financiara su empresa. — Nos estamos quedando sin plata compañero— dijo el chofer. —No te preocupes que eso está resuelto —le repico su ayudante. Además, para el lugar a donde va no los va a necesitar —puntualizó. Tomaron al muerto y se lo llevaron a donde estaba el coche mortuario. Le extrajeron cada una de las piezas dentales de oro que tenía. Tarea muy fácil, pues los dientes estaban a flor de piel.

Había pasado más de cuarenta y ocho horas desde que se había iniciado el traslado del difunto, en un servicio cuya duración no era más de dos. Los familiares preocupados por la demora iniciaron la búsqueda del muerto, llamando inicialmente a la agencia funeraria, como era de esperarse. Ésta les contestó que tampoco sabía nada del chofer ni del carro mortuario utilizados para el traslado del muerto.

Después de tanto buscarlo, al final de la fiesta, lo encontraron sentado en la mesa con sus compañeros de trago, parecían todos muertos menos el muerto. Quien por su rigor mortis avanzado no podía adoptar la postura de cansancio de sus compañeros, compañeros

que tal vez nunca llegará a olvidar. Sus familiares no podían creer lo que veían sus ojos: su padre en una última fiesta de despedida, mientras ellos estaban sumergidos en el dolor por su pérdida y posterior extravío.

Una vez en posesión del cadáver, de nuevo lo acicalaron para su último viaje. En su rostro se le dibujó una sonrisa eterna que asombraba a propios y a extraños. Se le veía feliz. Como quien se había despedido a lo grande de este mundo. Lo único extraño era su aspecto desdentado que su sonrisa dejaba ver y la nube de moscas que por siempre lo acompañaría.

El Retrete

Lula, la niña perdida, tenía una edad incierta. Presentaba signos severos de deficiencias en el aprendizaje, y también de crecimiento, por tal motivo se le tenía como enfermita. Vivía en una localidad pequeña, por lo que todos la conocían y le tenían alto cariño. El pueblo entero sabía de su extravío y, en consecuencia, casi todos sus habitantes andaban en tareas de búsqueda.

El singular pueblo, donde se desarrolla la historia, tenía una distribución bastante sui géneris. Estaba conformado por cuatro calles, cada una de las cuales daban cuenta de los puntos cardinales a partir del punto de cruces u origen. Contaba con ciento un casas en total: veinte al norte, veinte al este, veinte al sur y veinte al oeste; también tenía cinco al noreste, cinco al sureste, cinco al suroeste y cinco al noroeste, y una justo en el centro de la ciudad, donde se daba la intersección de las líneas cardinales.

A lo lejos se escuchaba una vocecita llorosa y lastimera que llegaba en forma de eco distribuido por los vientos de la mañana. —¡Mamá! ¡Papá! —decía la niña llorando, perdida y solitaria. Esta se repartía en

partes iguales entre los cuatro puntos cardinales. — ¡ma! —sonaba hacia el norte, — ¡má! —hacia el sur, — ¡Pa! —hacia el este y — ¡pá! —hacia el oeste. En razón de ello, no se sabía con certeza de dónde provenía, pero casi todos los habitantes del pueblo la escuchaban, con excepción de quienes vivían en el centro. Por tal motivo era grande la incertidumbre y confusión reinante. Unos afirmaban que estaba en el norte, otros en el sur, algunos en el este y pocos en el oeste. Pero la confusión crecía, porque otros habitantes, discrepando de los primeros, también la ubicaban en el noreste, en el sureste, en el suroeste y en el noroeste, a pesar, de que lo que a ellos les llegaba, era un pálido reflejo de la voz de la pequeña. Ello incrementaba la confusión y estropeaba cualquier plan estratégico de búsqueda y salvamento, ya que las premisas sobre las cuales se formulaba carecían de veracidad por la enorme entropía existente.

Como todos eran conocidos, apremiados por la búsqueda de la pobre Lula, los del sur se aventuraron al norte a charlar sobre el tema con sus vecinos y los del este con sus pares del oeste, buscando construir las premisas que los llevaran a la niña a partir de las palabras rotas que a sus oídos llegaban. Estaban muy

preocupados. Fue así que idearon un primer plan en aras de ubicar la fuente precisa desde donde se originaba el mensaje emitido por la tenue voz de Lula en su afán de pedir ayuda. Para ello unieron sus oídos según la vecindad dada por el inicio y fin de las líneas cardinales: los del norte con los del sur y los del este con los del oeste. Los primeros juntaron mejilla con mejilla y oreja con oreja dando un gran total de cuarenta oídos externos al servicio de semejante empresa, pero no lograban otra cosa que la percepción de la palabra completa: —¡mamá! —sin definición geográfica clara; los segundos, haciendo lo propio que los primeros, también aportaron cuarenta orejas a la empresa, obteniendo como resultado la palabra completa: — ¡papá! —también sin ubicación definición geográfica identificable. Tal empresa estuvo signada por un hondo fracaso. Todo lo anterior dibujaba un escenario enigmático semejante a un callejón sin salida. Escuchaban las palabras de la niña, pero nadie tenía ni la menor sospecha de donde provenían. Entonces diseñaron un segundo plan, este consistía en unir los oídos de los del norte con los del este y los del sur con los del oeste. El enredo fue aún mayor. Los del noreste captaron la palabra: mapa, mientras que los del suroeste

la palabra: *mápá* También sin definición geográfica definida, cuya empresa tuvo igual destino que la primera. Todo ello hizo que la confusión y el desorden reinante diera cabida al caos. Un caos como nunca se había visto otro en los anales del pueblo: una suerte de misterio sin pie ni cabeza.

A pesar de todo lo anterior, la desesperanza no se hizo presente en el espíritu incansable de aquellos vecinos, para ellos las posibilidades de éxito eran enormes, dado lo pequeño de la población, pero olvidaban la entrada en juego de otras variables, las cuales enrarecían todos los planes. El referido pueblo no contaba con sistema de electrificación, por lo que no tenía sistema de alumbrado. En consideración de ello, los habitantes del este tenían mayores posibilidades de éxito, si se considera que el este es el lugar aproximado por donde sale el sol cada día, pues tenían mayor cantidad de luz en la mañana para dedicarse a las tareas de pesquisas. La situación se volvía contraria al final del día, pues la luz se hacía más fuerte hacia el oeste, punto indicado por la puesta del sol en su movimiento aparente. Los habitantes del norte y del sur, a pesar de su empeño por encontrar a la pequeña, a quienes llegaba la voz con mayor fuerza, contaban con una pobre

claridad que variaba durante el transcurso del día, entre la salida y la puesta de sol.

Transcurridas más de veinticuatro horas de su desaparición, sus padres pidieron ayuda profesional. Fue así que contrataron los servicios de un baquiano, un brujo, una pitonisa y un médium, con la esperanza de que aportaran pistas valederas y alentadoras sobre el paradero de Lula. Sus conclusiones terminaron por elevar la confusión a niveles espaciales, pues el baquiano la ubicaba entre el norte y el noreste, el brujo entre el sur y el sureste, la pitonisa entre el norte y el noroeste y el médium entre el sur y el suroeste. Ello hizo que la desesperanza creciera apoderándose de todos.

Los que nunca escucharon la vocecita de la niña pidiendo ayuda fueron los habitantes de la única casa ubicada en el centro del pueblo, a pesar del alboroto ensordecedor que la apagada vocecita generaba en el resto del pueblo. Aquí el silencio era absoluto, igual de ensordecedor que el alboroto que reinaba en los cuatro puntos cardinales. De hecho, sus habitantes, eran los únicos que no estaban abocados a las diligencias detectivescas a las cuales estaba dedicado el pueblo en pleno.

La casa en cuestión también tenía el record de ser la única con retrete. De ciento un casas que conformaban la población de este pintoresco pueblo, sus habitantes se deshacían del producto de sus intestinos, como personas decentes. Sus necesidades las hacían en este antiquísimo invento, aunque moderno para sus pobladores. Su ubicación en el centro del pueblo, la puso más cerca de los viajeros, quienes siempre cargaban con cosas e ideas novedosas, conocidas del viejo mundo, desconocidas para el nuevo, y es que un pueblo que no existe para el resto del mundo siempre corre el riesgo de ser descubierto por el viejo.

En cambio, los habitantes de las restantes casas, al no poseer tan útil instalación como parte de sus residencias, no podían deshacerse decentemente de sus excrementos como lo hacían sus vecinos del centro. En su lugar, cada vez que hacían sus necesidades, las concentraban en un lugar al fondo de sus viviendas, lo más apartado posible, para al final del día, ya entrada bastante la noche, generar una enorme hoguera, con el acumulado de todo un día de producción de deposición humana. Eran tales las llamas y las explosiones que la quema de las heces generaba en el pueblo, que resultaba difícil no imaginarse su observación desde cualquier

parte del espacio. Pero lo más terrible no era eso, si no la potente hedentina que, durante el periodo transcurrido entre el inicio y el cese de la hoguera, se generaba en los cuatro puntos cardinales que conformaban sus calles. El aire se volvía pesado a la respiración, por nauseabundo e irrespirable, sus partículas de oxígeno de momento daban paso al carbono y al azufre, producto del estiércol quemado. La única salida que tenían sus habitantes, actuando bajo el buen sentido, era escaparse al centro, pues allí no había quema de excretas, lo que hacía que a esas horas el aire fuera respirable, oasis vespertinos para aquellas condiciones que día a día se repetían. Algo si era cierto, en este pueblo no había mosquitos ni bichos raros.

Mientras tanto, Lula seguía sin aparecer. Ya la desesperación se había apoderado, no sólo de sus padres, si no del pueblo en general. Hasta los habitantes del centro entraron en pánico al enterarse, por aquellos que se aventuraron al centro a respirar aire puro. Entonces, ellos también aguzaron sus oídos para ver si podían escuchar el lamento de la pobre niña pidiendo ayuda. Al estar ubicados en la encrucijada entre el norte y el sur, el este y el oeste; también entre el noreste, el sureste, el noroeste y el suroeste, no era difícil captar

algún sonido que les pareciera al de una niña pidiendo socorro. Desde entonces tampoco pudieron dormir. Se dedicaron por completo, a descifrar en el aire, esos mensajes que a veces parecieran venir de los cuatro puntos cardinales con sus puntos intermedios.

En eso andaban todo el día y parte de la noche. Escuchaban el ma, el má, el pa y el pá con origen desconocido. Fue así cuando uno de ellos, bajo un entendimiento que superaba el promedio de los mortales que hacían vida en la casa del centro, y tal vez de todo el poblado, advirtió que el ma, el má, el pa y el pá que captaban sus oídos, se escuchaba muy lejos, pero se generaba muy cerca. Esto hizo que la confusión fuera aún mayor. La noticia corrió como pólvora por las calles polvorientas de aquel cardinal lugar. De a poco comenzaron a llegar las personas, más por intriga que por creencia en lo que decían.

Al poco tiempo había tanta concentración de gente en el centro del pueblo, que equivalía a la totalidad de los habitantes de las ciento un casas existentes. Poniendo a disposición de la empresa, sus dos ojos y sus dos oídos, dando lugar a una gran maquinaria de observación y escucha. Fue así, que de manera unánime, descubrieron que la voz que

escuchaban, parecía venir desde muy lejos, pero concluyeron que tenía su origen muy cerca. Coincidiendo con lo dicho por el habitante del centro. Esto rompió todo el cuadro de premisas que previamente se habían construido, y se focalizaron en la casa del centro. La rastrearon de arriba a abajo y de cabo a rabo. Hasta que un miembro de la familia que habitaba la casa número ciento uno, en el centro, advirtió un agudo maullido seguido de un despavorido escape de un gato negro que por primera vez había avistado — miauuuu —pensativo e intrigado por aquel evento, se dirigió al lugar preguntándose el porqué de aquello. Fue así que descubrió el origen de los llantos: el retrete.

En seguida, tomó su linterna y enfocó al fondo del mismo, pues ya el sol estaba descansando y en su lugar estaba la noche. No podía creer lo que veía. Lula, la niña que todos andaban buscando, se encontraba en el fondo del escusado, forrada por una capa gruesa de un amarillo parduzco, con ávidos ojos brillantes, pero felices que, en un primer momento, parecieron de animal asustado en la oscuridad al contacto con la luz.

Una vez dado a conocer su hallazgo a la poblada, ninguno de sus miembros se decidían a ir por ella, tal vez por el mar de porquería en el que nadaba Lula. Hasta

que un joven, flaco como una longaniza, ayudado por la gente, tomó una escalera y bajó al pozo, introduciéndose por el estrecho agujero. Arriba la esperaban sus ansiosos padres, apertrechado con un arsenal de insumos de limpieza, para arrancarle la capa de esa sustancia que por año de uso se había formado en el fondo de aquel retrete. El pueblo estaba feliz por la aparición de la niña, pero quedó con una inconmensurable duda: ¿Cómo fue a parar Lula al retrete de la casa del centro? —Pensaban.

El pataruco

—Quiquiriquí. Quiquiriquí —cantaba el afortunado emplumado, causando en Juan, el granjero, una enorme sensación de asombro. Este no podía dar crédito a lo que veía. ¡Perdón! A lo que oía. El gallo en cuestión, sexo determinado por el característico canto de los machos de la especie, pertenecía a la población avícola de una pequeña granja llamada “La Hilandera”, ubicada en un valle del estado Sucre de la provincia venezolana conocido como Rio Caribe, la cual se dedicaba a la producción de huevos para consumo humano. Tarea biológicamente destinada a la hembra de la especie: la gallina.

El granjero no podía creer lo que estaba presenciando. La población avícola estaba integrada por diez mil gallinas ponedoras. Todas casi iguales en tamaño y características físicas. Además, él conocía de sobra el canto de una gallina, y ese, no lo era. Este aspecto explica en un primer momento su asombro: ¡una gallina cantando como un gallo! En algunos lugares esta situación despierta en sus habitantes malos augurios, como la muerte de uno de los lugareños. La segunda fuente de su asombro se originaba en las

características de la población. Si lo anterior no explicaba lo ocurrido, la otra respuesta era la existencia de un gallo entre tantas gallinas. Desde ese día Juan se dio a la tarea de observar a la numerosa población emplumada procurando identificar al autor o autora de su estado de consternación.

Después de dos semanas de minuciosas observaciones el granjero pudo dar con éste. Era un gallo con igual plumaje que sus hermanas, pero de mayor tamaño. Su aparición sólo parecía obedecer a un error en el sexaje de los pollitos recién nacidos de su grupo. Él formaba parte de una población de féminas adquiridas para la producción de huevos sin la participación de algún macho. Juan siempre pensó en lo afortunado que era: ¡tenía a sus pies todo un harén! Una vez en su poder el granjero decidió llevarlo al corral que tenía en su casa, pues qué papel tendría un gallo en una población que genéticamente está destinada a ovar en ausencia del macho, pensaba.

Una vez en su nueva morada el gallo fue confinado a una jaula improvisada para tal fin. De vez en cuando lo dejaban libre para que paseara y conociera a los demás miembros del corral. Fue así que conoció a toda la población fémina emplumada de aquel lugar,

quienes pasaron a ser sus amantes, y con las que engendró todo un averío multicolor de distintos sexos. Al poco tiempo fue liberado de forma permanente convirtiéndose en el padrote, el macho alfa. Actuando a sus anchas y pasando por encima de cualquier jerarquía existente.

Con el paso del tiempo se hizo grande y fornido con lo que pudo imponer su reinado sobre aquella tranquila población. Eran comunes las peleas entre éste y otros gallos disputándose a las doncellas y, a las no tanto, también. Su apariencia física delataba su condición de extranjero. No tenía el porte de los otros que sí poseían pedigrí de gallos de peleas. Él era tosco, con el doble de tamaño y con una enorme espuela, condiciones que facilitaron la usurpación del poder. Los machos residentes de antaño parecían unos pichones inermes frente al forastero. Realmente era un patarucu. Un verdadero culí como se le conoce en estas tierras a los gallos con sus descripciones.

Por esa época Doña María, madre del granjero Juan, había traído una gallina con una belleza sin igual: era de un color ceniza con patas azules y cresta pronunciada de color rojo intenso. Tenía un cuerpo estilizado y porte de reina. Desde su arribo al corral

atrapó la mirada de los machos y la envidia de las hembras. El gallo pataruco fue uno de ellos. Desde que la vio entró en una suerte de trance. Se le veía absorto, paralizado, extraviado. Ya no procuraba la compañía de sus amantes de siempre, reforzando en éstas sentimientos de rechazo hacia la advenediza. La princesa emplumada fue alojada en una bonita jaula adquirida por la señora para albergar a tan distinguida huésped. Cenicienta, como le llamó, era un regalo que le hizo una comadre de sacramento. Ésta le había hecho jurar que llegado el momento la iba a cruzar con un gallo de abolengo como correspondía a su linaje, no con cualquier culí. Desde entonces al pataruco se le veía montando guardia a las puertas de la jaula de Cenicienta, aprovechando toda oportunidad de acercamiento y cortejo. Día tras día repetía la rutina, lo que despertó en la joven gallina fuertes sentimientos hacia el fortachón encrestado. Se les veía retozando sus plumíferos cuerpos a través de la alambrada. Dándose besos puntiagudos por los orificios de la jaula. A él se le veía atareado, como en la búsqueda de la libertad de su princesa prisionera, para cristalizar su amor y llenar de hermosos polluelos el ámbito de aquel corral, pero le fue imposible.

La señora María había advertido las intenciones del grandulón con su delicada Cenicienta. Debido a ello la mudó hacia a otro espacio donde éste no tuviera la oportunidad de poner sus enormes patas sobre ella. Jamás la volvió a ver. A partir de ese momento el culí regresó a su estado anímico anterior: gruñón y busca pleito. No podía ver llegar a la señora María al corral, que como todos los días acudía a atender a los animales. Se le acercaba como a cualquier gallo contendor. La amenazaba con sus enormes espuelas. La correteaba por todo el corral y ésta salía corriendo despavorida, exclamando: —¡Este gallo está loco! —Esto se repitió infinidad de veces.

Fue así que un día Doña María desapareció. Todos sus familiares la buscaban. Juan estaba muy preocupado por su madre. Tampoco la había visto en todo el día. A la hora en que se hizo evidente su desaparición estaba bastante entrada la noche. Pasaban las horas y no se sabía nada de la pobre anciana. Al amanecer siguieron las tareas de búsqueda. Juan en ausencia de su madre se dispuso a llevarle comida y agua a los animales del corral para seguir con ésta. Cuando abre la puerta, casi cae desmayado ante la presencia de un corpúsculo envuelto en un líquido

acartonado de color rojo que emitía un quejido desgarrador: —¡Ay ...ay ...aaay! ¡Ay ...ay ...aaay!

Juan supo de inmediato que se trataba de su madre, a quien todo el mundo andaba buscando. No tuvo que indagar mucho para saber lo que le había ocurrido, pues el portentoso pataruco estaba apostado frente a su madre amenazante, como si de otro gallo de pelea se tratara. Enseguida lo espantó y el enorme animal se le vino encima lanzando espolazos por doquier. Esto fue revelador de la autoría de quien le había propinado semejante castigo a su madre. Acto seguido, luego de someterlo, lo dirigió a su jaula en espera de su juicio.

La señora María fue llevada al hospital donde determinaron que había sido atacada con un arma blanca por la forma de las heridas. Desde la cabeza a los pies registraron rasguños y cortadas de diversas profundidades. Las heridas más graves se ubicaban en los párpados, que por gracia de Dios no quedó ciega. No tenían ni idea de lo que había sucedido. Le sugirieron a Juan que diera parte a la policía. Al cabo de unos días fue llevada a casa donde recibía la visita de propios y extraños. Como aquel borracho que luego de otearla salió entonando aquella vieja canción de Gardel:

“...parecía un gallo desplumao,
mostrando al compadrear el cuero picoteao,
yo qué sé cuando no aguanto más,
al verla así, rajé pa' no llorar...”

La viejita fue curada de los daños infringidos por el gallo asesino como se le empezó a llamar en la comunidad. Con el pasar de los días María había mejorado, pero seguía lanzando escupitajos de sangre viva al amanecer. Los doctores no habían advertido la presencia de una perforación en la úvula que con la enorme espuela el gallo le había propinado.

Mientras la adorable anciana se recuperaba tuvo lugar el proceso judicial que por intento de asesinato se iba a juzgar al culí. La sentencia fue rápida: muerte al gallo que había cometido semejante crimen. El primero registrado en los anales de aquel tranquila poblado. De inmediato se ejecutó la sentencia y de un solo garrotazo en la cabeza, cayó el enorme animal dando saltos mientras la vida se le esfumaba de a poco. Juan tuvo que torcerle el pescuezo para acelerarle la muerte y dio la orden a su esposa de que con él preparara un apetitoso sancocho y que le sirviera a su madre. ¡Que el pataruco

asesino sirva con su carne a la recuperación de mi madre! —sentenció.

Durante muchos años siguió vigente la sentencia en aquel corral. Todo pichón de gallo que mostrase características morfológicas semejantes o parecidas al culí tenía la misma suerte de éste. Su canto, su plumaje, su cadencia al caminar, entre otras, eran suficientes evidencias del parentesco con el homicida emplumado para terminar en un succulento hervido con verduras. Todas ellas eran demostrativas de la descendencia que el Don Juan pataruco había dejado en aquel lugar donde se dieron los hechos. El objetivo era eliminar de la faz terrestre todo linaje genético del culí y con ello la posibilidad cierta de que los hechos se repitieran.

La dama del sexo

Eran aproximadamente las 18:00 de un día un tanto caluroso. Evidencia de una extraña emergencia de la estación otoñal en el oriental Uruguay. Extraño porque en nada se parecía al anterior. Los expertos aseguran que es debido al cambio climático. Estaba en la parada, esperando de afán el ómnibus, después de unas interminables reuniones de trabajo. Como cualquier trabajador, deseoso de llegar a casa para despojarme del disfraz y resguardarme de esa pesadilla invisible que representa el COVID-19 en estos tiempos.

En eso, advierto a lo lejos, unos pasos gráciles y elegantes que daban cuenta del avance hacia mí, a pie, de una dama. Como buen caribeño, a pesar del cansancio, del miedo y de las ganas de llegar a mi hogar, me quedé a esperar que aquel ser con movimientos tan cadenciosos se acercara cada vez más a mí para poder admirar de cerca lo que de lejos intuía. A medida que se acercaba, lo lindo que apreciaba a lo lejos, se iba transformando en un feo de cerca. Aquí debo ser cauto y prudente, pues me enseñaron que de las damas no se habla.

Mientras más la tenía a mi alcance, más podía identificar en ella ese atuendo característico de las féminas que tienen como medio de vida la profesión más antigua del mundo, cuya práctica ha estado presente en toda cultura, desde las más antiguas hasta las más modernas. Además, delataban, a gritos, su barato servicio. Ya casi al lado mío, pude oler ese sudor agrio y pesado, propio de cuerpos que han estado retozándose durante largo tiempo, en un juego infinito de caricias compradas, donde el verdadero ausente es el amor.

Pude observar profundas depresiones en su rostro. Sinónimo de ser guerrera de muchas batallas. Su cara llena de pliegues en forma de pellejo, dejaban a la imaginación que fue una hermosa hembra en otros tiempos. Tiempos inmemoriales. Quizás concomitantes con aquellas primeras fundadoras de la profesión en decadencia que ejercía, no porque ésta estaba próxima a su fin, pues siempre habrá generación de relevo dispuesta a asumir la vacante, sino porque debió estar jubilada desde hacía muchísimo tiempo.

Todo lo que vi en ella, tal vez por mi condición de economista, me llevó a pensar en lo barato de su oficio: ropa barata y de mal gusto, adornos de embuste, piel arrugada, estriada y cansada, olor a obrera de

lupanares, en fin, su indumentaria toda. Elementos que invitan a pensar que su precio lo estipulaba el mercado en función a lo pobre de su portafolio de servicio, bajo el argumento, tal vez, de que la primera impresión es la que vale. Es común escuchar a colegas liberales decir que el mercado es el más eficiente mecanismo de asignación de recursos. Con toda esta mezcla de elementos complejos, mi cabeza estalló en un sinfín de interrogantes en torno a aquella señora. —¿Qué sabe el mercado de carnes y de sexo para asignar el precio de los servicios de una veterana? Además ¿Tiene el derecho de asignarlo? y, ¿la experiencia, no cuenta? — me preguntaba, mientras la escrutaba palmo a palmo con una mirada disimulada, pero ansiosa, y volvía a concluir, que quizás, el mercado tenía razón.

Mientras tanto, oteaba el horizonte, procurando avistar el próximo ómnibus, ya había perdido unos cuantos. En ese profundo cavilar andaba cuando se detuvo uno, y pensativo lo tomé para regresar a casa, dejando atrás a aquella dama, cuya belleza ya no la acompañaba, pero a leguas se veía que seguía empeñada en seguir ejerciendo su profesión, aunque el mercado pagara un peso por sus servicios.

DANIEL GONZÁLEZ



Economista. MBA en Ciencias Administrativas. Aspirante a Doctor en Ciencias Sociales-UCV (Con todo menos tesis). Profesor de Economía. Especialista-Consultor en Sistemas de Gestión.

Nobel escritor. Autor de los siguientes cuentos: 1. *¡Adiós, Otelo!* Finalista en la edición de FELA Ediciones, Ecuador “Antología del nuevo cuento latinoamericano”. 2. *Viernes santos a las doce* fue seleccionado para formar parte del libro *Sendero de Dominio Propio* publicado por Editorial Family Awake, Argentina. 3. *El paseo del muerto*, publicado por la Revista literaria mexicana “Öclesis”. 5. *Me quedé sin amigo*, cuento publicado por la

“Revista Cultural Marginales”. y 6. *El Retrete*, cuento Participante en el I Premio Internacional de Cuento Rafaela Cuevas Jiménez de Editorial FELA Ediciones, Ecuador, donde obtuvo 1º finalista y mención de Honor; entre otros.

Índice

Más por costumbre que por fe	4
¡Bravo, maestro!	10
Detrás de casa.....	15
¡Adiós Otelo!.....	25
La última despedida.....	28
El Retrete.....	34
El pataruco.....	44
La dama del sexo	52
Daniel González.....	55



Título: Más por costumbre que por fe.

Autor: Daniel González.

Edición digital Hoja en Blanco: julio, 2022.

Portada: Sin título (1900). Daniel Gerhartz

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre la obra. Esta edición digital está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY—NC—ND 4.0

Se permite descargar y compartir siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

www.hojaenblancoeditorial.com

